

INTRODUCCIÓN

1. BIOGRAFÍA DE CIEZA

El lugar de origen de Pedro Cieza de León, así como las fechas exactas de su nacimiento y defunción, hasta no hace mucho tiempo estuvieron errados en las primeras biografías que salieron a la luz acerca de este cronista y soldado. A semejante desenfoque contribuyó la falta de documentos, así como la inexistencia de registros, lo que llevó a equivocaciones por parte de los primeros investigadores que trataron sobre el particular, tales como Nicolás Antonio (*Biblioteca*, p. 184) y los que copiaron a este, como Fermín Arana de Varflora, Prescott (1955, adición al libro IV), Vedia y Markham. El esfuerzo de investigación y documentación más importante vino, en primer lugar, de Marcos Jiménez de la Espada, el cual puso en conocimiento estas equivocaciones, y, en segundo, de Miguel Maticorena (1957, pp. 642-674), quien añadió datos fundamentales, como señala Manuel Ballesteros (1984, p. 9), «de los últimos años de nuestro cronista, de la importancia, entre otros, de su testamento, en que se hace luz no solo sobre su persona, familia y proyectos, sino también sobre la amplitud de su obra, confirmando lo que se había intuido por algunos investigadores, y proporcionando, además, la fecha exacta de su fallecimiento».

La mayor parte de los datos biográficos de Cieza aparecen anotados por él mismo, de forma desperdigada, en sus crónicas¹, obedeciendo el carácter autobiográfico del género. Maticorena, gracias a

¹ Jiménez de la Espada reunió tales apuntes autobiográficos en su prólogo a la *Guerra de Quito*, titulado *Tercero libro de las guerras civiles del Perú, el cual se llama la guerra de Quito hecho por Pedro de Cieza de León, coronista de las cosas de las Indias*, tomo I, 1877. Asimismo, son indispensables los estudios de Toribio Medina, 1898; Means, 1928; Vargas Ugarte, 1952; o Porras Barrenechea, 1986.

una extensa documentación que integra el codicilo, el testamento y escrituras tocantes a la vida familiar y económica, dio a conocer tales textos, así como los últimos años del cronista, su personalidad y su entorno vital.

Pedro Cieza de León nació en Llerena, y no en Sevilla —como apuntaron las primeras biografías—, entre 1518 (si tenía 32 años en 1550) y 1520 (si en verdad a los casi trece años fue a América), a tenor de lo que él mismo señala en el capítulo 121 de su *Primera crónica*, esto es, que comenzó a escribir la primera parte en 1541, en Cartago, Popayán, el 8 de septiembre de 1550, y que la acabó a los treinta y dos años, habiendo vivido diecisiete en las Indias:

con lo dicho hago fin con esta primera parte, a gloria de Dios todopoderoso nuestro Señor, y de su bendita y gloriosa madre, Señora nuestra. La cual se comenzó a escrebir en la ciudad de Cartago, de la gobernación de Popayán, año de mil y quinientos y cuarenta y uno, y se acabó de escrebir originalmente en la Ciudad de los Reyes, del reino del Perú, a ocho días del mes de setiembre de mil y quinientos y cincuenta años, siendo el autor de edad de treinta y dos años, habiendo gastado los diez y siete dellos en estas Indias (cap. CXXI).

Según Miguel Maticorena (1957, pp. 620-622), los padres del cronista fueron el licenciado Lope de León y Leonor de Cazalla, vecinos de Llerena. Tuvo cuatro hermanos: Rodrigo, quien custodió sus manuscritos, y sus hermanas Leonor, Beatriz y María. Manuel Ballesteros (1984, p. 11) cree que se trataba de una familia acomodada, de escribanos, comerciantes y letrados que se desplazaron a Sevilla como tantos otros extremeños, atraídos por la importante economía creciente de dicha ciudad. Luis Millones (2001, p. 26) refiere que Pedro Cieza se relacionó mucho con un tío suyo notario que tenía varios hijos en Indias. Uno de esos primos, Pedro López de Cazalla, fue secretario de hombres relevantes como Francisco Pizarro, Cristóbal Vaca de Castro o Pedro de la Gasca. Según Millones (2001, p. 26), Pedro López, amigo de La Gasca y secretario de Pizarro, que estuvo presente cuando Diego de Almagro y sus seguidores mataron a Francisco Pizarro, fue uno de los testigos más importantes de la crónica de Cieza. No sería extraño pensar que uno de los motivos que llevaron a nuestro autor a hacer las Américas fuera seguir el ejemplo de sus primos, lo que explicaría que se embarcara siendo apenas un niño, aunque también hay que tener en cuenta que nació en uno de los núcleos más impor-

tantes de emigrantes a las Indias de Extremadura, junto con Trujillo y Cáceres.

Tal como apunta al inicio del *Proemio* de su crónica, llegó muy joven a América, sobre los 13 años: «Habiendo yo salido de España, donde fui nacido y criado, de tan tierna edad que casi no había enteros 13 años».

Las informaciones concretas, detalladas y abundantes que va vertiendo a lo largo del texto hacen posible que podamos seguir con algo de minucia sus pasos por América, desde su llegada, si bien hay que contrastarlas porque algunas de ellas están equivocadas, posiblemente porque escribía de memoria y no tuvo tiempo de hacer comprobaciones de lo que escribía. Especialmente, hay muchos errores cuando habla de su primera etapa como soldado, en la que confunde las tres expediciones que realizó. Sabemos que en 1535 estaba en Cartagena de Indias, como señala en el capítulo 62. Jiménez de la Espada, al respecto, indica:

Me atrevería a suponer que pasó de Sevilla a Cartagena en las naos de Rodrigo Durán, las cuales anclaban en ese puerto a fines de octubre o principios de noviembre de 1534 (1877, p. 45).

En el *Libro de asientos de pasajeros a Indias* aparece inscrito con el nombre de Pedro de León², hijo de Lope de León y de Leonor de Cazalla, que se inscribe el 2 de abril para pasar a Cartagena con Juan del Junco y el 3 de junio de 1535 para navegar en dirección a Santo Domingo (Ballesteros, 1984, p. 12).

Cieza utilizó el nombre de su padre, Pedro de León, hasta su incorporación a la hueste de Belalcázar, por temor, como explica Sáenz de Santa María (1985, p. 11), de que, a causa de las desavenencias entre su antiguo jefe y su amigo Jorge Robledo, pudiera sufrir represalias por parte de Belalcázar.

Jiménez de la Espada (1877, p. 44) especula que debió de embarcar en Sanlúcar de Barrameda y que la Nueva Lombardía o Cartagena de Tierra Firme fue la primera que pisó del continente americano. El recorrido geográfico, que detallaremos más adelante, comienza, no obstante, hablando de la ciudad de Panamá. En este sentido, ex-

² María Concepción Bravo Guerreira (2018, p. 20) ha advertido el error de Raúl Porras Barrenechea y de sus discípulos, al confundir a Pedro López de Cazalla, secretario del presidente La Gasca, con Pedro de León, nuestro autor.

plica en el capítulo 2 que, aunque la finalidad de este primer libro es figurar la tierra del Perú y contar las fundaciones de sus ciudades, sus ritos y costumbres, comenzará la crónica tratando sobre Panamá porque de ella salieron los capitanes que fueron a descubrir el Perú. En 1535, siguiendo sus propios escritos, se encuentra en la provincia de Cartagena de Indias, Nueva Granada, donde pasará doce años, en las tierras actuales de Colombia y Ecuador, y en 1547 sale de Popayán hacia Perú, pasando por Quito. De Perú recorrerá Lima, El Collao y Cuzco, habiendo vivido de 1548 a 1550 los años de la rebelión de Gonzalo Pizarro y el mandato de La Gasca.

En 1549 Cieza, para recopilar datos para su ingente obra, fue por el Collao. En 1550 estaba en Cuzco oyendo a Cayu Tupac Yupanqui, descendiente de Huayna Cápac, y a los nobles orejones, capitanes, cortesanos y otros informantes acerca de los incas y la historia del Perú, hasta entonces desconocida. Iría escribiendo las partes, y en 1550, quizá por estar enfermo o por buscar una recompensa de sus méritos, volvió a Castilla, donde podía dar a su crónica la última mano, y principió y terminó otras dos obras. Previamente, en ese mismo año de 1550, en Lima (Ciudad de los Reyes), Cieza y Pedro López de Abreu, mercader y hermano de Isabel, futura esposa del cronista, e hijo de Juan de Llerena y María de Abreu, firmaron un contrato que anticipaba el matrimonio de Cieza con Isabel (Maticorena, 1957, p. 642). Los López Abreu eran ricos comerciantes, ubicados en Sevilla, con lo que el cronista tenía un futuro garantizado. Estas alianzas establecían muy provechosamente una red de comercio entre los dos continentes, asegurada por la familia.

En septiembre de 1550, nada más terminar su crónica en Lima, tal como él mismo registra en su último capítulo, regresa inmediatamente a Sevilla, donde un año después contrajo matrimonio con Isabel López de Abreu. Se dedicó a sacar renta de la fortuna conseguida en las Indias, a través de inversiones y actividades mercantiles. Concepción Bravo señala que negoció la que podía ser la inversión de su vida, la compra de un censo de 140.625 maravedíes sobre las rentas del conde de Palma, don Luis de Portocarrero.

A partir de su vuelta a España, pocas noticias biográficas tenemos de él. Se sabe que a finales de 1551 o principios de 1552 fue a Toledo para presentar su libro al príncipe don Felipe. La *Crónica del Perú* apareció en Sevilla y marzo de 1553, en la casa de Martín de Montedoca. No publicó sus otras obras restantes. Las razones por las que no vio

la luz el manuscrito que contenía la segunda y tercera partes han sido estudiadas en los prólogos a la edición de las mismas, contenidas en el *Manuscrito Vaticano* por su descubridora, Francesca Cantú (1979).

Concepción Bravo se detiene a registrar las frecuentes ausencias de Cieza de Sevilla entre 1553 y 1554, aduciendo posibles causas de tales ausencias.

A los pocos años de haberse casado³, en mayo de 1554, muere su mujer, y en julio del mismo año el cronista, contando con 32 o 34 años de edad. Así viene anotado en su testamento, en donde se indica que falleció en la mañana del lunes 2 de julio de 1554 (Maticorena, 1957, p. 11), y no en 1560 como habían sostenido estudiosos como Alfonso Chacón o Prescott:

el dicho Pedro de Cieza de León es fallecido de esta presente vida y falleció lunes por la mañana dos días de este mes de julio en que estamos y se enterró este dicho día sobre tarde en la iglesia de San Vicente de esta ciudad porque ellos fueron presentes a su entierro e esta es así la verdad para el juramento que hicieron e lo firmaron de su nombres. Alonso de Santamaría. Bachiller Rodrigo de Ribera. Juan de Padilla (Maticorena, 1957, p. 660).

Como señala el mismo Maticorena, Cieza padecía una enfermedad crónica que quebrantó su salud. Ballesteros apunta que pudiera ser que Cieza contrajera alguna dolencia en las Indias. También, por las indias que tuvo de servicio y por lo que dejó a alguna de ellas en el testamento se ha deducido que pudo contraer alguna enfermedad venérea, aunque nada de esto es seguro.

La lectura del testamento muestra un cronista devoto que no se olvidó de encargar misas, regalos y limosnas a las iglesias, monasterios y hospitales. Del testamento, nos interesa particularmente recalcar que encargaba enviar ejemplares de su *Crónica del Perú*, para su difusión,

³ Al margen de su matrimonio, Cieza habla de una india, Catalina, que le donó su capitán Jorge de Robledo, y que le serviría de traductora. El papel de Catalina y de otras traductoras indias es el mismo que desempeñó la Malinche con Cortés, pues advirtió a Cieza de un inminente ataque de los indios, lo que hizo que el cronista pudiera alertar a sus compañeros y evitarlo. En el testamento, Cieza recuerda a una tal Ana, que sería una india bautizada y posible concubina del cronista. Ver Maticorena, 1957, p. 662.

a Medina del Campo, Toledo, Córdoba, Sevilla, Honduras y Santo Domingo.

Cieza fue un cronista que aportó las primeras informaciones sobre los incas y la historia del Perú, pero también un soldado a las órdenes del rey y de la Corona, que estuvo bajo el mando de Alonso de Cáceres y Jorge de Robledo. En plena guerra civil, se unió al ejército de Belalcázar para luchar contra la insurrección de Gonzalo Pizarro. En Lima parece que recibió la distinción, después de haber luchado en Jaquijaguana, de cronista de Indias, nombramiento que le fue otorgado por La Gasca.

2. LA *CRÓNICA DEL PERÚ*

Cieza ha sido considerado el príncipe de los cronistas del Perú, entre toda la copiosa producción de crónicas y documentos sobre la conquista del Tawantinsuyu. Raúl Porras Barrenechea (1986)⁴ propuso clasificarlos en las siguientes temáticas o categorías: cronistas del descubrimiento, cronistas soldadescos y de la conquista (Alonso Enríquez de Guzmán), cronistas de Indias (que se refieren al Perú dentro de las obras generales), cronistas de las guerras civiles (Agustín de Zárate), cronistas pretoledanos (anteriores al virrey Francisco de Toledo, como Pedro Cieza de León), toledanos (José de Acosta), postoledanos (Martín de Murúa, Miguel Cabello Balboa, Titu Cusi Yupanqui) y cronistas indios (Inca Garcilaso de la Vega, Guamán Poma de Ayala).

Las crónicas de Cieza, Betanzos, Sarmiento o Molina forman el núcleo de la versión cuzqueña de la historia de los incas. Señala Pease, en su estudio *Las crónicas y los Andes* (1988) cómo en la década de 1550 se aprecia una modificación sustancial por parte de los autores de crónicas en la manera de acercarse a los Andes. Pease, en este cambio, diferencia dos ciclos: el primero se inicia con la relación denominada Samano-Jerez y continúa hasta los años cincuenta del siglo xvi. En esta etapa, el tema fundamental es la invasión y la colonización inicial que incluyen el relato de las diferentes expediciones y la fundación de las ciudades. En este primer ciclo, el hombre andino aparece como un personaje relativamente secundario y fugaz. El segundo ciclo tiene definitivamente una actitud diferente, ya que busca indagar en la

⁴ Ver también Francisco Esteve Barba, 1992.

memoria de la población andina y, de esta manera, se convierte en personaje capital de sus historias. Señala Pease (1988, p. 133) que, con esta generación de expertos, la crónica va a cambiar hacia una indagación histórica que va más allá de la tradicional forma del relato de acontecimientos, característico de las crónicas. Esta ya se aprecia rudimentariamente en Zárate y alcanza su culminación con Betanzos y con Cieza de León.

La totalidad de la obra de Cieza, aunque su vida fue relativamente corta, es larga: cuatro libros y el último, a su vez, contiene cinco libros más, quedando de la siguiente manera:

Primera parte: *Crónica del Perú*

Segunda parte: *Señorío de los Incas*.

Tercera parte: *Descubrimiento y conquista del Perú*

Cuarta parte: *Las guerras civiles del Perú*. Dividida en cinco libros: *Guerra de las Salinas*; *Guerra de Chupas*; *Guerra de Quito*; y los dos últimos, que no se conocen y que no se sabe si llegó a escribirlos: *Guerra de Huarina* y *Guerra de Jaquijaguana*, más los dos comentarios finales.

La primera parte se iba a llamar *Libro de las fundaciones* o también *Historia de la tierra del Perú*. Al final, *Crónica del Perú* fue el título que se impuso para toda su obra, tal como el autor explica en el «Proemio» de la primera parte, donde especifica que ha dividido la obra en cuatro partes:

Esta primera parte trata la demarcación y división de las provincias del Perú, así por la parte de la mar como por la tierra, y lo que tienen de longitud y latitud; la descripción de todas ellas; las fundaciones de las nuevas ciudades que se han fundado de españoles; quién fueron los fundadores; en qué tiempo se poblaron; los ritos y costumbres que tenían antiguamente los indios naturales, y otras cosas extrañas y muy diferentes de las nuestras, que son dignas de notar.

Seguidamente pasará a informar de las otras partes de su obra que pueden resumirse en el libro segundo, que trata sobre los incas y el origen de estos (haciendo mención especial al diluvio), el tercero, que trata la llegada de Pizarro y las guerras civiles, y el cuarto, que a su vez se divide en cinco libros intitolados *Las guerras civiles del Perú*, más dos comentarios. Cieza al parecer nunca escribió los dos últimos libros de la cuarta parte ni los anunciados comentarios. Curiosamente,

pidió que estos libros fueran guardados hasta quince años después de su fallecimiento. En verdad, a lo largo del «Proemio» expresa su temor a las críticas que pueda recibir su obra por parte de envidiosos, maledicentes o incultos. Sorprende el celo, por ser inusual entre los cronistas, que tuvo nuestro autor sobre su obra y transmisión. Señala Pease (XVIII) que, al morir el cronista, en 1554, posiblemente hubo un intento de remitir los manuscritos no publicados a Bartolomé de las Casas, siguiendo las indicaciones del testamento del llerenense:

ítem mando que otro libro que yo escribí que contiene la crónica de los incas y lo del descubrimiento y conquista del Perú, que si alguno de mis albaceas lo quisiere imprimir que lo tome, goce de él y del provecho de la imprenta y sino lo quisieren mando que lo envíen al obispo de Chiapa, a la corte y se lo den con el dicho cargo de que lo imprima (Maticorena, 1957, p. 55).

Los albaceas no cumplieron con el encargo de publicarlos o enviarlos a Las Casas, ni con el deseo del cronista de depositarlos en un convento, y los manuscritos fueron a parar al plaguario de Cieza y cronista mayor de Indias, Antonio de Herrera.

La *Crónica del Perú* que editamos la escribió entre los años 1541 y 1551, pero recoge, no obstante, características de los dos ciclos que propone Pease. Por un lado, tiene en común con los cronistas del primer ciclo el hecho de que un tema principal es el de la fundación de ciudades; por el otro, el autor se adentra no solo en la geografía, sino también en la historia de la población andina, esto es, va dando noticias de la historia natural y geográfica, haciendo hincapié en las infinitas posibilidades agrícolas y económicas o mercantiles de la tierra, al mismo tiempo que indaga en la historia moral de los indios. En este sentido, Cieza es un naturalista, al modo de Gonzalo Fernández de Oviedo en el *Sumario* (1526), y un humanista interesado por narrar los orígenes y las costumbres de los indios, al modo de José de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias*⁵.

⁵ Cieza, como Acosta, elaboró teorías científicas o determinó con precisión los diferentes suelos ecológicos, según las regiones, las distintas estaciones, dependiendo del hemisferio, la ausencia de lluvias en determinados lugares o la sequedad en otros...

2.1. *Argumento e itinerario de la Crónica del Perú*

Desde que comenzó a escribir el libro primero, Cieza tenía estructurada e hilvanada el resto de su producción, pues no solo la resume en el «Proemio» sino que, a lo largo de la primera parte detalla en múltiples ocasiones en qué libro hablará del tema que está mencionando de pasada en ese momento. Es decir, que tenía un plan concebido, bien pensado y desarrollado⁶.

Vamos a detenernos ahora en el itinerario que describe en su *Crónica del Perú*. La narración en general sigue un orden lineal, pero hay muchísimas digresiones, interrupciones y cambios temporales, cuando no errores de memoria del autor. Cieza, al tiempo que va recordando los sucesos que vivió y los lugares por los que pasó en ese momento, se retrotrae al pasado histórico de cada uno de esos sitios, y anota, también, la historia de esos territorios que se redescubrirán y retomarán. Asimismo, elige lugares que para él tienen un significado especial. Por ejemplo, comienza a hablar de Panamá, aunque él entrara por Cartagena de Indias, por la importancia que tuvo este reino en la conquista americana. Como indica Millones (2001, p. 79), si bien hay coincidencias entre el itinerario biográfico y el itinerario narrativo, «su relato es sobre todo una construcción a posteriori de un itinerario narrativo al servicio de una presentación geográfica y simbólica del paisaje del reino».

Escribe Cieza:

Y porque sin las ciudades que se poblaron y fundaron en el Perú, se fundó y pobló la ciudad de Panamá en la provincia de Tierra Firme, llamada Castilla del Oro, comienzo por ella, aunque hay otras en este reino de más calidad. Pero hágolo porque al tiempo que él se comenzó a conquistar, salieron della los capitanes que fueron a descubrir al Perú y los primeros caballos, y lenguas y otras cosas pertenecientes para las conquistas. Por esto hago principio en esta ciudad, y después entraré por el puerto de Urabá que cae en la provincia de Cartagena, no muy lejos del gran río del Darién, donde daré razón de los pueblos de indios, y las

⁶ Ver en este sentido la tesis de Manuel Ballesteros (1984, p. 24), quien indica que cuando Cieza recibe el encargo del presidente La Gasca de escribir una crónica de los sucesos acaecidos tras la sublevación de Pizarro, ya tenía mucho escrito y por eso en el «Proemio» de la primera parte ya aparece evocada la estructura de la obra.

ciudades de españoles que hay desde allí hasta la Villa de Plata y asiento de Potosí, que son los fines del Perú por la parte del sur (cap. II).

En cualquier caso, y respetando la división en tres etapas que hace Luis Millones acerca de la estancia de Cieza en el Nuevo Mundo, la primera abarca desde que llega en 1535, hasta 1539. En esta etapa se ubica en Cartagena, lugar desde donde salen él y sus compañeros, bajo las órdenes de varios capitanes, como parte de una capitulación que habría obtenido Pedro de Heredia en 1532. Don Pedro de Heredia gobernaba entonces la Nueva Lombardía y había conquistado la mitad de su territorio hacia el río Guadalquivir o de la Magdalena. Con menos de cien hombres y cuarenta caballos estableció Calamar, la capital de la gobernación, con el nombre de Cartagena. Como explica Jiménez de la Espada, Heredia pidió al emperador que mandara gente allí y Rodrigo Durán se encargó de reclutar personal. Alistó en Cartagena a 250 hombres, los cuales habían zarpado desde Sanlúcar de Barrameda, por junio o agosto de 1534. Ya en Cartagena, vía Santo Domingo, al ver las joyas de oro de los famosos enterramientos de Cenú, uno de los tesoros más apreciados de la conquista de América, muchos de ellos pidieron permiso para marchar al Cenú. Otros, como Cieza, según Jiménez de la Espada, se quedaron en Cartagena con el gobernador, esperando una mejor ocasión. Cieza visitó las tumbas, pero no se sabe cuándo, posiblemente, señala Marcos Jiménez de la Espada, fue por el año 1535. En el capítulo 62 de la crónica cuenta la triste historia del asalto a los enterramientos y cómo acabaron por el suelo los húmeros, tibias y calaveras... El pueblo de Fincenú, de opulentos despojos, cambió su nombre por el de Villa Rica de Madrid.

En 1536 encontramos a nuestro autor en San Sebastián de Buenavista, como queda registrado en su crónica. (cap. IX). De esta manera, Cieza comenta con orgullo cómo fueron él y sus compañeros los primeros españoles que abrieron camino del Mar del Norte al del Sur. Describe cómo entraron reconquistando o repoblando zonas, pasando grandes penurias, hambre y enfermedades, y con temibles enfrentamientos y batallas con los indios de sus respectivos territorios.

Cieza participó en la segunda expedición desastrosa comandada por Juan de Vadillo, juez de residencia y gobernador, que acabó en Cali, ciudad que había sido fundada en 1536 por Belalcázar, capitán a las órdenes de Francisco Pizarro. Vadillo, oidor de la Audiencia de Santo Domingo, fue enviado en 1537 a residenciar a Pedro de Heredia. Al llegar,